

ya ha alcanzado la altura desde donde el arte se proyecta como una luz que nos deja admirar la belleza del mundo y sus diversos matices a través del sentimiento de un hombre.

La Editorial Cultura se anota un buen acierto al incluir en su colección de autores contemporáneos a Jacobo Danke con su «Taberna del perro que llora».

<https://doi.org/10.29393/At239-74NADI10074>

NORTE ADENTRO.—EN TIERRA DE CUNZAS.

En este pequeño país, en el cual hasta los que vivimos preocupados de los hechos relacionados con la literatura, tenemos que acusarnos del pecado de ignorar nombres que ya han tenido su actuación en las letras. Tal nos ocurre con Dinka de Villarroel, a quien sólo recién hemos conocido por este libro, no obstante haber escrito anteriormente algunas obras de valía, como lo asegura el autor de la nota de presentación a esta novela, Nicomedes Guzmán.

«Norte adentro» incorpora a nuestra geografía literaria un interesantísimo retazo de tierra chilena, del cual era muy poco lo que sabíamos. La historia o la geografía que se enseña en los liceos nos habla de ubicación y de límites, y también de acontecimientos ocurridos en tal o cual parte, pero nada nos dice de la fisonomía de su gente, de sus fiestas típicas, de sus comidas, de sus trajes ni tampoco de sus sentimientos. Esta realidad es la tarea que le corresponde al novelista. Dinka de Villarroel, nos lleva por caminos muy poco transitados. Se habla en ellos de Chile y de los chilenos, como si esos habitantes pertenecieran a otro país, y sin embargo, son ellos chilenos y viven dentro de los límites del territorio nacional. Pero son de sangre quechua, probablemente en su mayoría, y por las descripciones que su autora hace de los personajes, ellos mantienen las costumbres y los trajes típicos que usa la gente de esa raza.

Dinka de Villarroel tiene todas las condiciones para ser un excelente novelista. Posee un talento plástico, pues sabe descri-

bir el escenario de los acontecimientos con gran facilidad. Crear el ambiente, dar la sensación de realidad, no es lo menos en la obra artística. Es quizá lo fundamental. Y la autora de este libro lo consigue sin que el esfuerzo para llegar a tal resultado se advierta en la construcción de su prosa, que a ratos falla como si se pusiera un poco «gringa» para expresarse. Los acontecimientos se suceden con esa naturalidad que tiene la existencia real y los hombres y mujeres que por estas páginas desfilan son sin duda de carne y hueso, aunque en realidad un poco extraños y exóticos por su manera de actuar en aquel ambiente de sencillez pastoril.

Renato Sandoval y Pedro Sandon, son hombres que en realidad nos dejan el cominillo de que tienen mucho de algo que pensó la autora o vió probablemente en otro medio. Sandon, demasiado contenido en sus reacciones de hombre fuerte, deja que Patricia, hija suya y producto de antiguos amores con una mujer de esa región, sea requerida por el profesor Renato Sandoval que es una especie de sultán, cuyo único tesoro es su atracción personal para seducir a las mujeres de Séter, nombre que le da la autora al lugar en que transcurren los acontecimientos y que debe corresponder a otro que existe en la realidad. Sandoval vive con la mujer legítima de Sandon y éste, demasiado civilizado, reacciona como Monsieur Bergeret, el famoso personaje de Anatole France. Espera que el tiempo aclare las cosas y las ponga en su verdadero sitio. Es posible que esto sea más el producto de la imaginación de la autora como argumento novelístico, pero hay sin duda un hecho real y este es la acertada pintura del ambiente y el sabor auténtico de las fiestas y costumbres típicas.

Dinka de Villaruel ha escrito una novela que tiene más cualidades que defectos. Y es como tiene que ser, porque todo ocurre de este modo en la vida.